



bam
bú

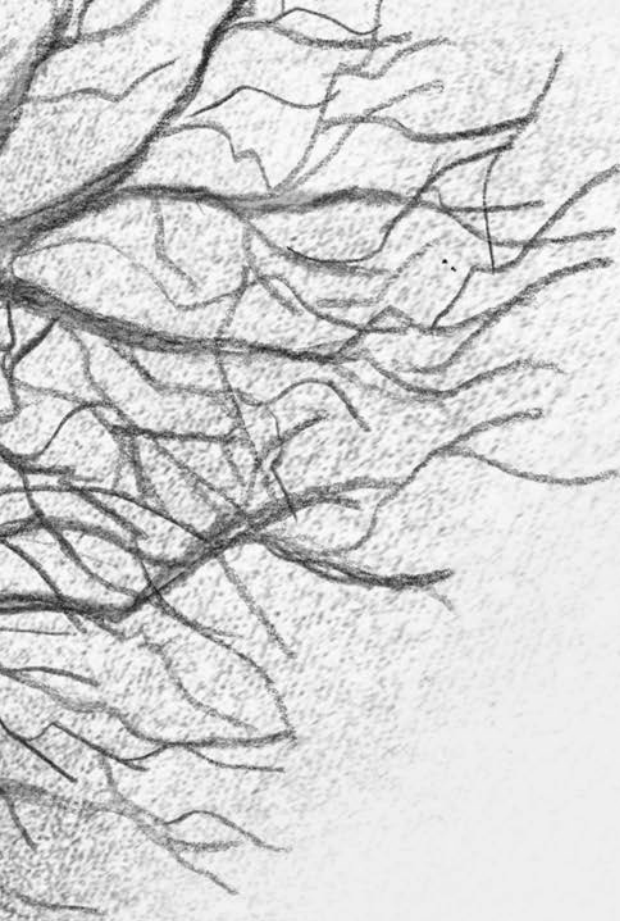
Traducción de Noemi Risco Mateo

FRANCES HARDINGE

EL BOSQUE DE LOS MIL OJOS

Ilustraciones de
EMILY GRAVETT





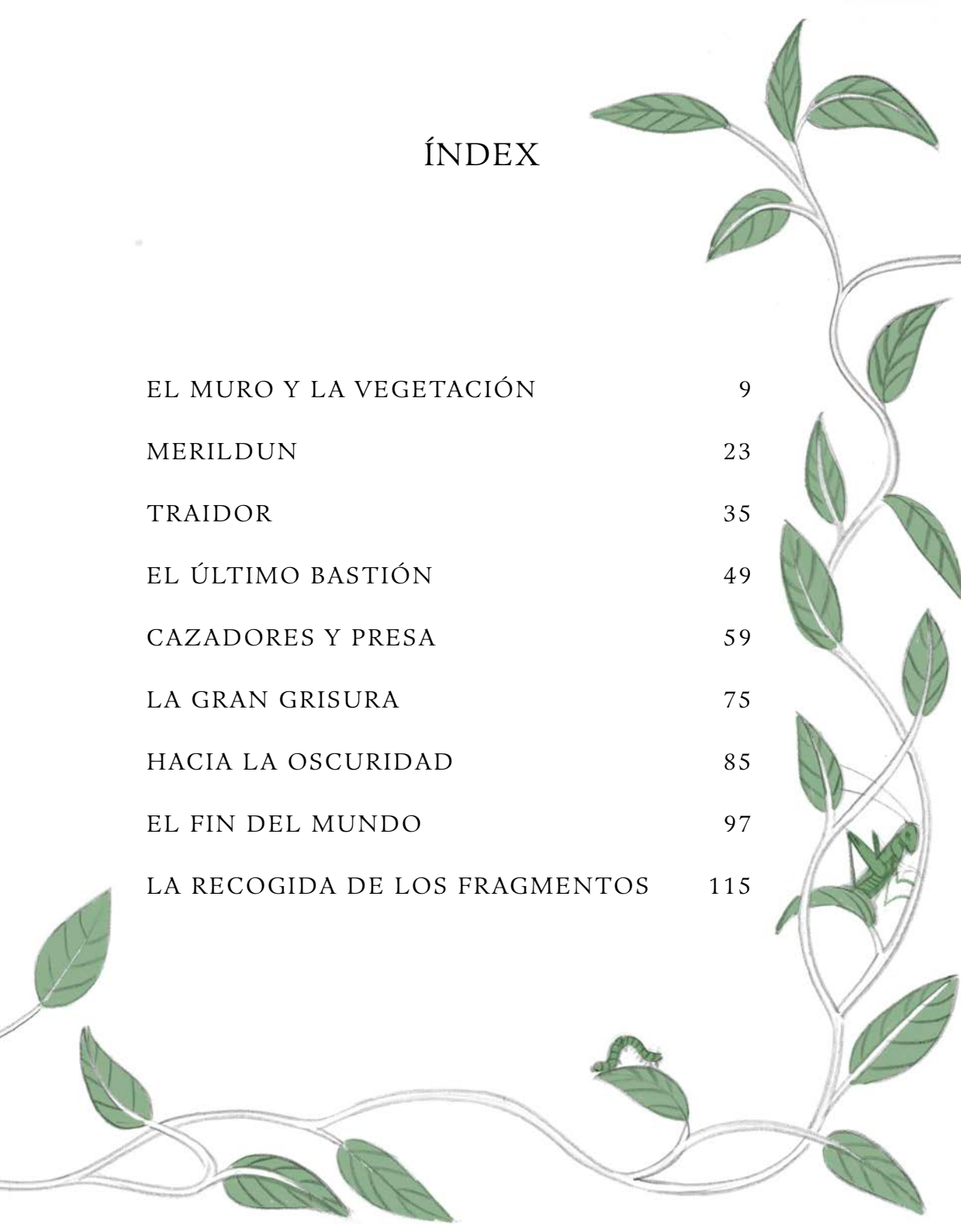
Para Rhiannon,

por ser una perpetua fuente de sabiduría.



ÍNDEx

EL MURO Y LA VEGETACIÓN	9
MERILDUN	23
TRAIDOR	35
EL ÚLTIMO BASTIÓN	49
CAZADORES Y PRESA	59
LA GRAN GRISURA	75
HACIA LA OSCURIDAD	85
EL FIN DEL MUNDO	97
LA RECOGIDA DE LOS FRAGMENTOS	115





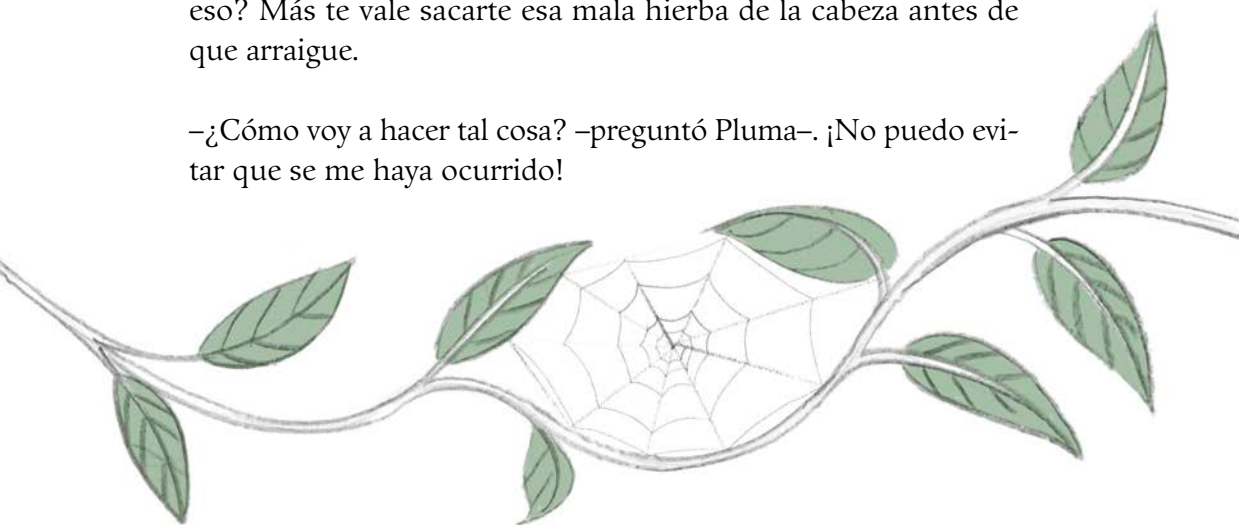
EL MURO Y LA VEGETACIÓN

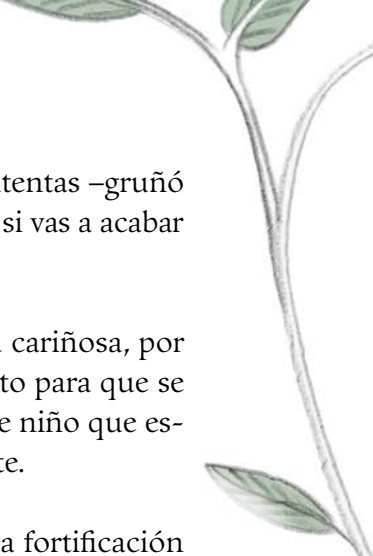
—Tu problema —murmuró el viejo Ascua mientras le rapaba la cabeza a Pluma— es que tienes ideas.

La muchacha se sostenía la punta de las orejas hacia abajo, con las yemas de los dedos, para mantenerlas alejadas de la apresurada cuchilla profesional que Ascua le pasaba por el cuero cabelludo. Estaba acostumbrada tanto a la hoja de afeitar como a los sermones del anciano. La mejor manera de sobrevivir a ambos era quedarse quieta y no decir nada, aunque rara vez lograba lo último.

—¡Un mapa! —Ascua resopló—. ¿Qué tienes pensado hacer con eso? Más te vale sacarte esa mala hierba de la cabeza antes de que arraigue.

—¿Cómo voy a hacer tal cosa? —preguntó Pluma—. ¡No puedo evitar que se me haya ocurrido!



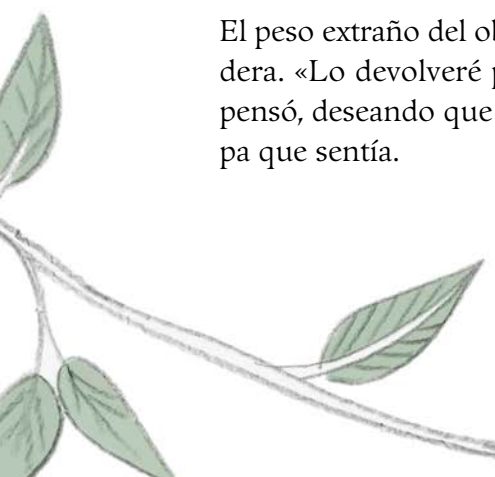


–Es increíble lo que puedes llegar a hacer si lo intentas –gruñó Ascuá–. Bueno, no hagas ninguna estupidez, a ver si vas a acabar muerta. Ya está, he terminado.

Pasó la mano con brusquedad, aunque de forma cariñosa, por la cabeza rapada de Pluma y le dio un empujoncito para que se marchara. La chica le cedió el taburete al siguiente niño que esperaba su afeitado semanal y se alejó sigilosamente.

Por necesidad, todas las habitaciones dentro de la fortificación del Muro eran largas y estrechas, con suelos, paredes y techos de piedra. Las únicas ventanas eran unos círculos de un palmo de ancho, de cristal de roca, que en ese momento dejaban entrar la luz de primera hora de la mañana. Los encargados de barrer ya estaban pasando la escoba por si se había colado alguna semilla diminuta por accidente.

Pluma se frotó el cuero cabelludo en busca de mellas y se dirigió hacia la poterna, tratando de no fruncir el entrecejo. El viejo Ascuá había llamado «malas hierbas» a sus ideas y eso le dolía. Las malas hierbas eran el enemigo. Las bardanas, en concreto, eran infiltrados secretos que tenían la capacidad de destruir a cualquiera. Podría habérselo discutido, pero ese día no debía llamar la atención.



El peso extraño del objeto en su bolsillo le chocaba contra la cadera. «Lo devolveré pronto, antes de que nadie se dé cuenta», pensó, deseando que la cara no mostrara el sentimiento de culpa que sentía.



Pluma esperaba que los vestuarios estuvieran vacíos y le frustró ver a Cereza, su hermana pequeña, merodeando por la puerta con una mirada de arrepentimiento mientras abrazaba un pequeño cuerpo escamado acurrucado en sus brazos.

–¡No quiero hablar contigo! –dijo Pluma con su dureza habitual.

–¡Lo siento! –contestó Cereza con esa expresión triste en los ojos que pretendía arreglarlo todo–. ¡Solo se lo conté a una persona! ¡No creía que se fuera a armar este escándalo!

–¡Pues así ha sido! –gritó Pluma, apartando a su hermana para entrar en los vestuarios–. ¡Ahora ya no me dejarán tener papel! ¡Se piensan que quiero un mapa para... escaparme al Bosque con un machete o algo por el estilo!

Cereza no la seguiría a los vestuarios, porque eran solo para los que salían al exterior.

Pluma sabía que no estaba siendo justa con su hermana. La verdad es que tampoco esperaba que nadie reaccionase tan mal ante la idea de un mapa. En circunstancias normales, habría intentado que Cereza se sintiera mejor, pero, si la abrazaba en ese instante, la niña notaría el objeto que llevaba en el bolsillo.

En uno de los pequeños huecos, Pluma se vistió para salir con ropa de colores gris piedra y amarillo pálido liquen como camuflaje. Se puso unos guantes resistentes, la gorra emplumada que

impedía que se le quemara la cabeza al sol y las botas de piel de ardilla con la forma de los dedos para poder trepar.

—¿Pluma? —oyó la voz de Cereza llamándola y advirtió con molesta desesperación que su hermana seguía observándola desde el otro lado de la puerta.

La chica la ignoró mientras se abrochaba el cinturón de herramientas y se colgaba la bolsa y el equipo de escalada al hombro. Dio un silbido y el bulto con escamas adormilado en los brazos de Cereza se estiró, revelando un hocico como el de una comadreja, un cuerpo largo y unas patas cortas. Saltó al suelo, corrió hasta Pluma describiendo una ruta arqueada y ondulante y subió serpenteando por su cuerpo hasta colocarse en el hombro y dejar colgando la larga cola por la espalda de la chica.

Pluma notó las escamas frías de Lustroso contra el cuello. A veces se preguntaba si en realidad al pequeño hurón escamoso le gustaba acurrucarse con ella por su calor corporal. A lo mejor solo la veía como su sustituto del sol y una fuente de comida, pero no se lo tenía en cuenta.

Técnicamente, Lustroso no era una mascota. Se permitían muy pocos animales dentro del Muro, puesto que siempre existía el peligro de que fueran esclavos de la voluntad del Bosque. Sin embargo, de vez en cuando se hacían excepciones con los huro-







nes escamados si se habían criado con ellos desde su nacimiento y estaban bien domesticados. Su afilado sentido del peligro los hacía inestimables para quienes se aventuraban a salir del Muro.

–Pluma... –dijo Cereza con voz temblorosa–. No estarás pensando en huir al Bosque, ¿verdad?

–Bueno, si fuera a hacerlo, ¡no te lo diría! –le espetó.

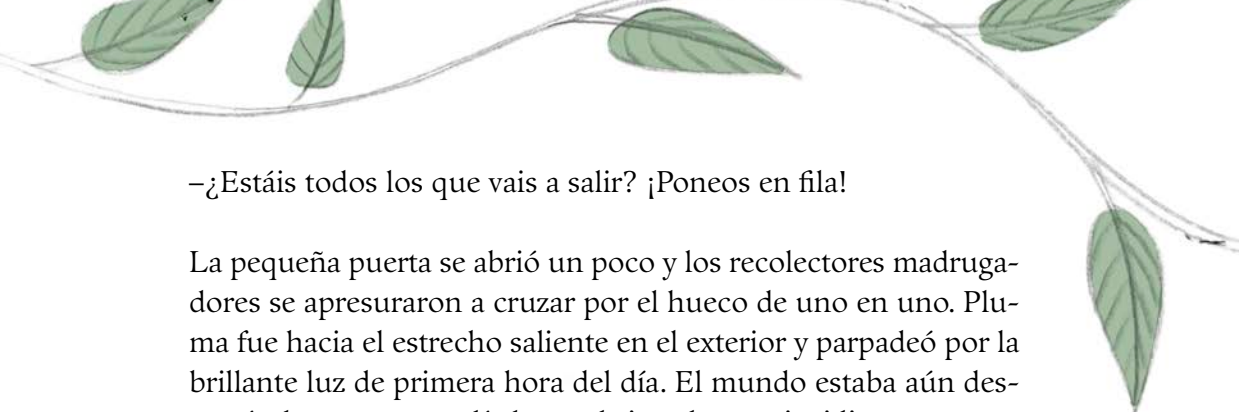
Su respuesta fue cruel. Echó un vistazo a la puerta justo a tiempo de ver la cara contraída de su hermana, con lágrimas en los ojos, antes de darse la vuelta y echar a correr.

Pluma se sentía culpable, pero necesitaba librarse de Cereza antes de sacar el objeto escondido para ponerlo en el bolsillo de la chaqueta con la que salía al exterior. Su hermana solo tenía siete años, pero gozaba de una sorprendente vista de lince.

–Se lo compensaré –le dijo a Lustroso.

El espacio junto a la poterna se mantenía despejado a propósito. Las paredes y los suelos se habían sellado con fuego y sustancias químicas. Otros cuatro recolectores y tres machetes-rasqueta estaban preparados con su equipo de salida. La puerta externa se abría lo menos posible, así que el centinela solía esperar hasta que los de ese turno estuvieran reunidos antes de aflojar los tornillos.





—¿Estáis todos los que vais a salir? ¡Poneos en fila!

La pequeña puerta se abrió un poco y los recolectores madrugadores se apresuraron a cruzar por el hueco de uno en uno. Pluma fue hacia el estrecho saliente en el exterior y parpadeó por la brillante luz de primera hora del día. El mundo estaba aún despertándose, pero ya olía los embriagadores e insidiosos aromas de la vegetación del Bosque, como si fueran el aliento de una gran bestia.



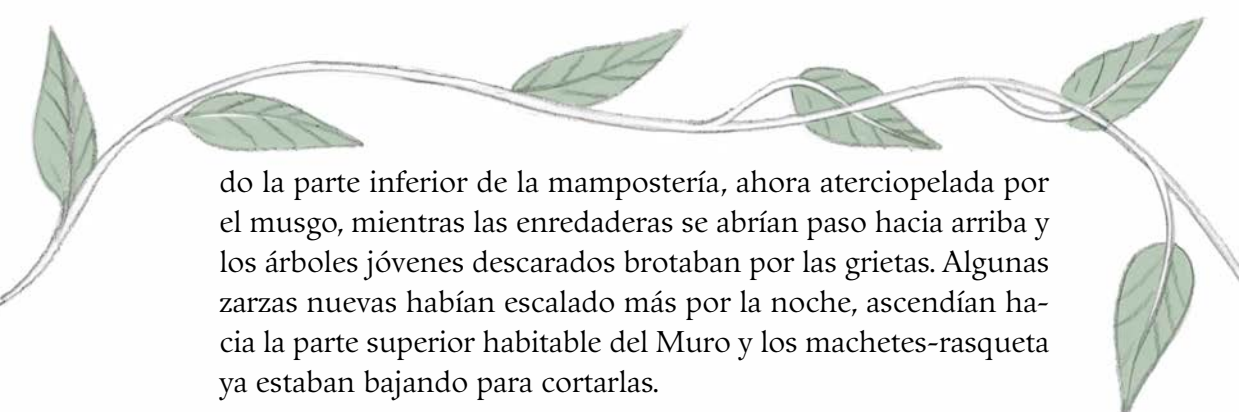
Mientras trepaba por la fachada exterior del Muro con Lustroso al hombro, a Pluma se le levantó el ánimo, como de costumbre, aunque supiera que estar ahí fuera suponía un peligro. La seguridad era oscura y claustrofóbica; en cambio, el peligro era salvaje, fresco, brillante y espacioso. Llevaba años buscando alimento en el exterior y conocía cualquier punto de apoyo para las manos y los pies, cubierto de rocío en aquella vieja piedra con siglos de antigüedad.

Como siempre, estaba alerta por lo que pudiera pasar. No había águilas gigantes en el cielo. No olía a polen venenoso. No se oía el zumbido de nuevos nidos de avispas. No había encontrado serpientes entre las grietas que estuvieran esperando una mano descuidada.

Debajo de ella, el Muro caía treinta metros hasta desaparecer en el mar de árboles en su base. La vegetación había reclama-







do la parte inferior de la mampostería, ahora aterciopelada por el musgo, mientras las enredaderas se abrían paso hacia arriba y los árboles jóvenes descarados brotaban por las grietas. Algunas zarzas nuevas habían escalado más por la noche, ascendían hacia la parte superior habitable del Muro y los machetes-rasqueta ya estaban bajando para cortarlas.

El Bosque se extendía hasta donde alcanzaba la vista, vivo en su cacofonía de verdes. Ondulaba sobre colinas ocultas como grandes olas de un mar falso. El viento mandaba un sedoso escalofrío entre follaje y los pájaros volaban sobre él en bandadas.

El ojo entrenado de Pluma distinguía el siseo de los arces de los madroños, los antiguos triquiteros, las ahogaderas y los sauces marchitos. Los veía todos los días y podía identificar cualquier mínimo cambio. Percibía un empuje lento pero crucial. Parecía que la gran masa que formaban avanzara inexorablemente como un ejército.

Desde luego, era justo eso lo que hacían.

El Muro se había construido para frenar la invasión extraña y voraz del Bosque, para proteger los pueblos y las ciudades de las llanuras. Lo había logrado durante mucho tiempo, pero al final lo había vencido. La vegetación había encontrado puntos débiles en el Muro y se había abierto camino por ahí. Ahora no había más que





bosque y solo bosque por todos lados, y el único lugar donde las personas podían vivir era en el Muro.

En la parte superior, a las almenas de piedra se habían añadido varios pisos de plataformas y estructuras de madera. Allí se hallaban las pasarelas cubiertas, los embudos que recogían el rocío, las zumbadoras colmenas, las trampas para pájaros y los cabestrantes de madera.

Pluma saltó a la plataforma inferior junto a los demás recolectores e intentó no dejarse vencer por la impaciencia.

—¡Escuchad! —Lluvia tenía veinte años y siempre trataba a los recolectores más jóvenes con la superioridad de un hermano mayor—. ¡Estamos casi en la temporada de cría de las víboras, así que fijaos dónde ponéis las manos!

Pluma sabía que antes el año combinaba un vasto ciclo de florecimiento; luego, calor y crecimiento, fertilidad, seguido por el marchitamiento, y un largo y frío periodo improductivo. Costaba imaginarlo. Ahora ya no era así.

La gran rueda del año expuesta en el salón del jefe mostraba montones de imágenes por todo el borde que representaban las diferentes estaciones. Elevadas temperaturas y saltamontes. Siete noches de tormentas. La temporada de recolección del lino. Las bayas silvestres plateadas. Las noches largas. Incluso la intensa y breve escarcha de la estación del lobo solo marchitaba las hojas y los tallos durante unas horas como mucho.





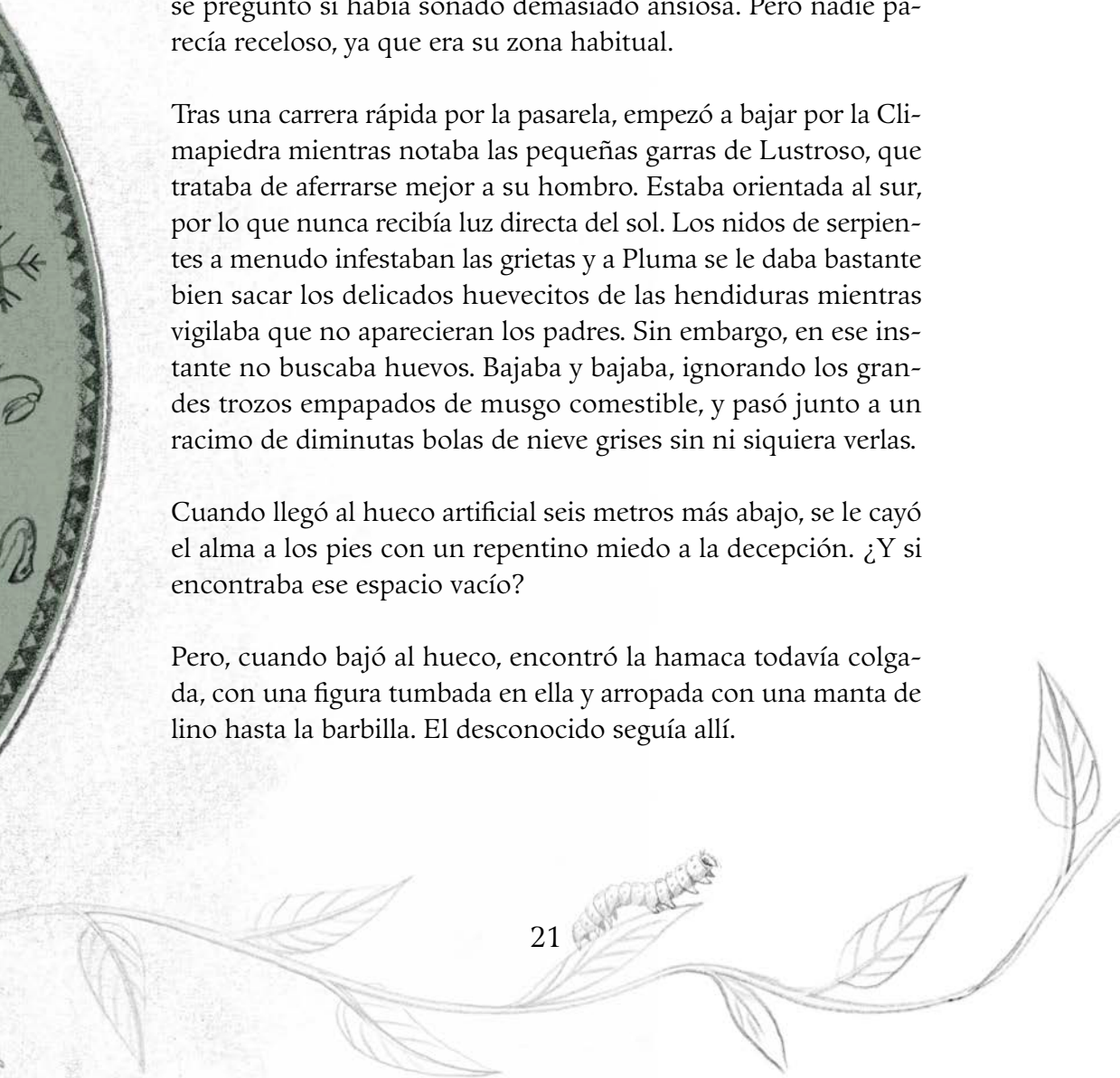
—¡Yo me encargo de la Cascada! —dijo Lluvia, como siempre. Era el nombre que se le daba a un tramo del Muro donde las piedras estaban sueltas y la búsqueda de alimento era difícil.

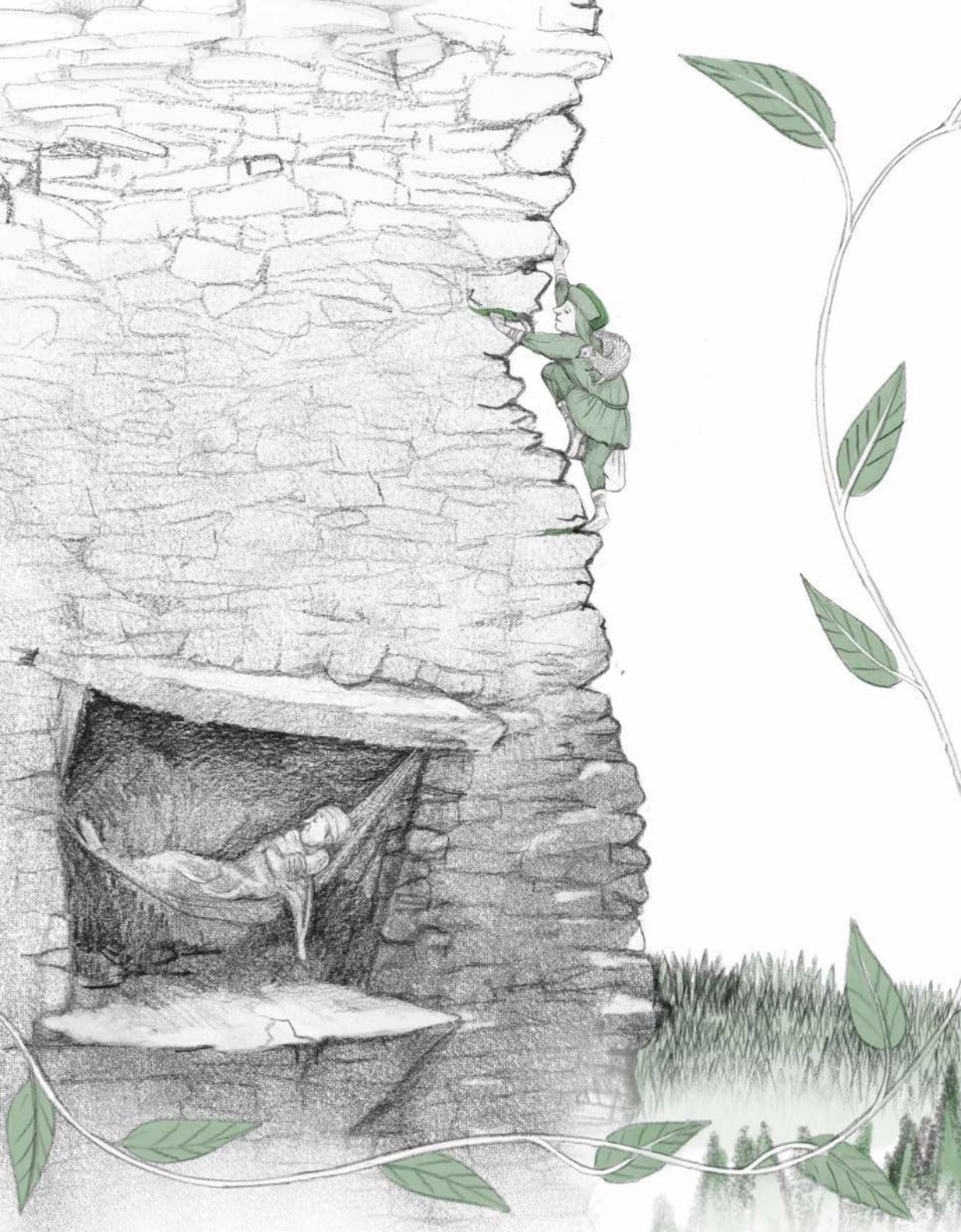
—¡Yo, de la Climapietra! —se apresuró en gritar Pluma; y después se preguntó si había sonado demasiado ansiosa. Pero nadie parecía receloso, ya que era su zona habitual.

Tras una carrera rápida por la pasarela, empezó a bajar por la Climapietra mientras notaba las pequeñas garras de Lustroso, que trataba de aferrarse mejor a su hombro. Estaba orientada al sur, por lo que nunca recibía luz directa del sol. Los nidos de serpientes a menudo infestaban las grietas y a Pluma se le daba bastante bien sacar los delicados huevecitos de las hendiduras mientras vigilaba que no aparecieran los padres. Sin embargo, en ese instante no buscaba huevos. Bajaba y bajaba, ignorando los grandes trozos empapados de musgo comestible, y pasó junto a un racimo de diminutas bolas de nieve grises sin ni siquiera verlas.

Cuando llegó al hueco artificial seis metros más abajo, se le cayó el alma a los pies con un repentino miedo a la decepción. ¿Y si encontraba ese espacio vacío?

Pero, cuando bajó al hueco, encontró la hamaca todavía colgada, con una figura tumbada en ella y arropada con una manta de lino hasta la barbilla. El desconocido seguía allí.





Frances Hardinge

Frances Hardinge pasó su infancia en una casa enorme y vieja que la inspiró para escribir historias raras desde bien pequeña. Después de estudiar Filología Inglesa en la Universidad de Oxford, se puso a trabajar en una empresa de *software*. Al cabo de unos años, un amigo persistente se las apañó para convencerla de que enviara a un editor unos capítulos de *Fly By Night*, su primera novela juvenil. Macmillan le hizo una oferta de inmediato. El libro recibió críticas excelentes y ganó el prestigioso premio Brandford Boase a la mejor obra novel. Conocida por su hábil uso del idioma, desde entonces ha escrito muchos libros aclamados por la crítica, entre los que se encuentran *La voz de las sombras*, *La canción del cuco*, *La luz de las profundidades* y el ganador del Premio Costa, *El árbol de las mentiras*.

Emily Gravett

Emily Gravett tiene un talento poco común para crear libros excepcionales para niños y jóvenes. Ganadora de dos medallas CILIP Kate Greenaway, su habilidad e ingenio son insuperables. Emily saltó a la fama por primera vez con el innovador *Wolves*, al que han seguido multitud de libros inolvidables de personajes únicos. Cada libro es especial y diferente del anterior, y cada uno presenta personajes entrañables, bellamente dibujados, con ternura y sentido del humor. Emily vive en Brighton con su familia.

Bambú Exit

Ana y la Sibila

Antonio Sánchez-Escalonilla

El libro azul

Lluís Prats

La canción de Shao Li

Marisol Ortiz de Zárate

La tuneladora

Fernando Lalana

El asunto Galindo

Fernando Lalana

El último muerto

Fernando Lalana

Amsterdam Solitaire

Fernando Lalana

Tigre, tigre

Lynne Reid Banks

Un día de trigo

Anna Cabeza

Cantan los gallos

Marisol Ortiz de Zárate

Ciudad de huérfanos

Avi

13 perros

Fernando Lalana

Nunca más

Fernando Lalana

José M.^a Almárcegui

No es invisible

Marcus Sedgwick

Las aventuras de George Macallan. Una bala perdida

Fernando Lalana

Big Game (Caza mayor)

Dan Smith

Las aventuras de George Macallan. Kansas City

Fernando Lalana

La artillería de Mr. Smith

Damián Montes

El matarife

Fernando Lalana

El hermano del tiempo

Miguel Sandín

El árbol de las mentiras

Frances Harding

Escartín en Lima

Fernando Lalana

Chatarra

Pádraig Kenny

La canción del cuco

Frances Hardinge

Atrapado en mi burbuja

Stewart Foster

El silencio de la rana

Miguel Sandín

13 perros y medio

Fernando Lalana

La guerra de los botones

Avi

Synchronicity

Victor Panicello

La luz de las profundidades

Frances Hardinge

Los del medio

Kirsty Appelbaum

**La última grulla
de papel**

Kerry Drewery

Lo que el río lleva

Víctor Panicello

Disidentes

Rosa Huertas

El chico del periódico

Vince Vawter

Ohio

Ángel Burgas

**Theodosia y las
Serpientes del Caos**

R. L. LaFevers

**La flor perdida
del chamán de K**

Davide Morosinotto

**Theodosia y el
báculo de Osiris**

R. L. LaFevers

Julia y el tiburón

Kiran Millwood Hargrave

Tom de Freston

**Mientras crezcan
los limoneros**

Zoulfa Katouh

Tras la pista del ruiseñor

Sarah Ann Juckes

**El destramador
de maldiciones**

Frances Hardinge

**Theodosia y los
Ojos de Horus**

R. L. LaFevers

Ánima negra

Elisenda Roca

Disidente y perseguido

Joe F. Daniels

El gran viaje

Víctor Panicello

Los cuentos de Lesbos

Ángel Burgas

Un detective improbable

Fernando Lalana

La isla de los susurros

Frances Hardinge

Leila y la zorra azul

Kiran Millwood Hargrave

Tom de Freston

Las dos aventuras

Carlo Frabetti

Centinelas

Alfonso Paredes

Las dalias tristes

Daniel Sanmateo

Cobweb

Michael Morpurgo

El bosque de los mil ojos

Frances Hardinge

Emily Gravett

La conspiración contrarreloj

Sam Sedgman

Editorial Bambú es un sello de Editorial Casals, SA

Publicado por primera vez en 2024 por Two Hoots, un sello de Pan Macmillan

Título original: *The Forest of a Thousand Eyes*

© 2024, Frances Hardinge, por el texto

© 2024, Emily Gravett, por las ilustraciones de cubierta e interior

© 2025, Noemi Risco Mateo, por la traducción

© 2025, Editorial Casals, SA, por esta edición

Casp, 79 – 08013 Barcelona

editorialbambu.com

bambulector.com

Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-1086-001-8

Depósito legal: B-14118-2025

Printed in Spain

Impreso en Índice, SL

Calle D, 36 Sector C, 08040 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro procede
de bosques gestionados de manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



Pluma estaba acostumbrada a que el Bosque intentara matarla: serpientes, águilas gigantes, espinas venenosas y huracanes. Eso era normal.

El hambriento Bosque avanza como un ejército y es una amenaza constante para los humanos que viven a lo largo del estrecho y desmoronado Muro. Pluma, acompañada solo por su astuto hurón, Lustroso, debe sortear innumerables peligros para cumplir su misión.

Una aventura fascinante, cargada de peligro, emoción y el poder salvaje de la naturaleza, escrita por Frances Hardinge, autora galardonada con el Costa Award por *El árbol de las mentiras*. Un relato brillante, enriquecido con magníficas ilustraciones de Emily Gravett, dos veces ganadora de la Kate Greenaway Medal, que intensifican la atmósfera y el dramatismo de esta obra inolvidable.

